

La economía no es un juego moral. ¿Qué es entonces?

Sería una tontería por mi parte que me atreviera a discutir con Paul Krugman sobre economía. Pero su afirmación de que la “economía no es un juego moral” no se refiere tanto a la economía como a la ética, y por eso me animo a comentarla.

¿Qué significa exactamente? En esencia, él desea que nos desengañemos de la creencia de que la economía es “una historia feliz en la que la virtud se recompensa y el vicio se castiga”, algo que debemos admitir, igual que la mayoría de los que alguna vez han considerado seriamente la ética.

De hecho, la ética, como disciplina filosófica, comenzó en la antigua Grecia como una reflexión sobre la experiencia –demasiado común a todos nosotros– del triunfo del mal sobre el bien. Ese es el hilo que unifica todas las tragedias griegas. Por tanto, la ética es la defensa racional de la virtud. Responde a la cuestión de por qué debería valer la pena dedicar nuestro tiempo a perseguir la virtud, a pesar de las probabilidades, cuando ni siquiera garantiza nuestra felicidad o nuestra prosperidad. En el caso de los héroes trágicos, su virtud es precisamente la causa de su fracaso. Si hubieran estado dispuestos a contemporizar un poquito más, no habrían sufrido tanto.

Pero Krugman da un paso más allá cuando afirma que la economía de mercado, un “sistema para organizar la actividad”, no tiene significado moral. Una cosa es decir que el mercado, al igual que la economía en general, no recompensa necesariamente al virtuoso ni castiga al malvado. Los ricos no siempre son dignos de ser ricos y los pobres casi nunca merecen sus privaciones. Pero otra cosa completamente diferente es despojar al sistema de intercambio en el mercado de toda dimensión moral. Los mercados no son fenómenos naturales, como la gravedad o el movimiento browniano. Resultan, en grados variados, de la confluencia de una miríada de decisiones y acciones humanas. En la medida en que esas acciones se llevan a cabo libremente, no determinadas por fuerzas físicas, están cargadas de responsabilidad. Por eso podemos juzgar a los actores del mercado atribuyéndoles alabanzas o culpas.

Por tanto, la injusticia no es necesaria para que funcionen los mercados. Por eso supongo que “injusticia” es lo que Krugman quiere decir cuando se refiere a “desigualdad”. Aceptamos un sistema con una considerable desigualdad porque los sistemas sin desigualdad no funcionan. En parte por su genética, en parte por su entorno, pero sobre todo por el ejercicio de su libertad, los seres humanos son diferentes y desiguales. Por eso tiene sentido comerciar y cooperar dentro de los mercados, porque, a menudo, las ganancias potenciales son mayores que las pérdidas, y no menos importantes en términos de libertad. Pero conocer y celebrar la diversidad no es lo mismo que perdonar la injusticia. Los mercados no necesitan completar una cuota de injusticia para funcionar correctamente, y menos aún necesita el capitalismo de una clase explotada y marginada. Pensar de otro modo equivaldría a denegar ambas, libertad y responsabilidad, en nuestra conducta como actores del mercado.

Por razones similares, tampoco acepto que la salida a la depresión económica sea la transmutación de vicio en virtud, de estupidez en sabiduría. O –como haría Krugman y antes que él Keynes– participar en el gasto público sin sentido, sin miedo a llegar alguna vez al límite. Eso fue lo que nos llevó a la crisis: gastar el dinero que no teníamos en cosas que no

necesitábamos; comprar cosas simplemente porque las ansiábamos (esta es una de las cuestiones en las que el Tea Party está acertado al desahogarse). Por tanto sería difícil creer que de la propia enfermedad vendrá la curación.

Al no ser un economista ni un historiador no me voy a jugar el cuello por si la II Guerra Mundial fue realmente la causa que sacó a los Estados Unidos de la Depresión. Podría ser una mera asociación de acontecimientos, una versión de la falacia post hoc ergo propter hoc (después de eso, luego a causa de eso), más que una verdadera relación causal. Sea como fuere, sería indefendible por causas éticas afirmar que la II Guerra Mundial fue necesaria para acabar con la Depresión, a menos que uno fuera un consecuencialista, que no soy. Tampoco considero mutuamente excluyente, en el sentido estricto, la alternativa planteada por Krugman entre gastar en cosas útiles y productivas, como carreteras y escuelas, o los gastos de guerra. La realidad es mucho más matizada.

En tiempos de crisis necesitamos más virtud, no menos. Incluso en la economía y en el mercado.

Alejo J. Sison

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra